



Biblioteca Universitaria
 GRANADA
 Año C
 Tomo 19
 Número 56 (33)

DISCURSO

Pronunciado por el orador don Emilio Castelar, jóven de 22 años; cuya reimpression se hace á espensas de varios progresistas y demócratas de Granada, que desean aumentar la publicidad y la buena acogida que merecen los principios democráticos.



SEÑORES:

Voy á defender las ideas democráticas, si es que deseais oirlas. Estas ideas no pertenecen ni á los partidos, ni á los hombres, pertenecen á la humanidad. Basadas en la razon, son como la verdad, absolutas y como las leyes de Dios universales. Por eso la persecucion no puede ahogarlas, ni la espada del tirano vencerlas, pues antes que el tiempo desplegara sus alas, fueron escritas en libros mas inmensos que el espacio por la mano misma del Eterno. Asi los hombres que se pierden en el océano de la vida, los poetas que adoran lo eternamente bello, los filósofos que leen la verdad absoluta en el puro cielo de la conciencia, no hacen mas que arrojarlas en ondas de luz sobre la mente del pueblo. (Aplausos.)

Yo, señores, lleno de sentimientos, si desnudo de inteligencia, me propongo reseñar los dogmas del partido democrático, ya como principios eternos de su escuela, ya como principios de aplicacion práctica en las actuales circunstancias. Conviertamos un instante nuestros ojos á lo pasado. ¡Que espectáculo, señores, tan tremendo! ¡La imprenta, ese soldado de Dios que pelea como Ajax por la luz, encadenada al pié de los tiranos, (Aplausos) la tribuna, providencia del pueblo, sujeta al carro del vencedor; las obras del ingenio humano proscritas, porque dan generoso aliento al pecho de los pueblos; el pensamiento oculto en el fondo de la conciencia, estallando en el cerebro sin poder alzar su vuelo y perderse como el águila en lo infinito; la fe vendida por una cartera de ministro, y la razon y la libertad llorando en ignominioso calvario. (Estrepitosos aplausos.) Todos hemos presenciado el martirio de la libertad. Bravo Murillo intentó matarla con el puñal del materialismo, sin parar mientes en que las ideas son invulnerables: Esteban Collantes la insultó con sus sarcasmos; Domenech fué su Judas; pues cuando la creyó vencida, no dudó un punto en venderse á los seides del absolutismo: Sartorius escribió su epitafio como antes Donoso habia escrito el evangelio de la reaccion, sosteniendo que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; que fuera de las vias católicas nada hay tan despreciable como la humanidad; que el siglo XVI con su inquisicion y sus frailes, es el ideal de la sociedad; que debiamos por nobleza amar la dictadura del sable; que el hombre es la concentracion de todos los deberes, y la teocracia el mas perfecto de todos los gobiernos. ¡Insensato! No sabia que negando la razon negaba á Dios, cuya esencia no es sino la razon; que negando la libertad negaba al hombre, cuya existencia no se comprende sin la libertad..... pero hacian bien; negando al hombre negaban el eterno enemigo de sus conjuraciones, negando á Dios negaban el aterrador espectro de sus conciencias. (Aplausos prolongados, interrupcion del orador.)

Señores: para que nuestra revolucion sea la antitesis de la reaccion, es necesario que empecemos por proclamar principios humanitarios; es necesario que empecemos por proclamar la libertad de cultos. Razones de sentido comun abonan esta opinion. Ya no hay censor que torture el pensamiento, ni fiscal que desgarré á la imprenta, ni un aduanero que impida el paso á las grandes obras del ingenio humano; por tanto, tampoco debe haber censor ni fiscal eclesiástico, enemigo de que los diversos cultos que el hombre tributa á su Dios, levanten la cúspide de sus templos bajo el puro cielo de nuestra patria. (Aplausos.)

Nos indignamos, y con razon, cuando Inglaterra se opone al libre ejercicio de nuestro culto en sus Estados, cuando el Czar persigue en nombre de la religion á infelices pueblos, cuando el indio del desierto destruye las sagradas ermitas de nuestros divinos misioneros; ¿pues porqué la religion, la razon de las razones, justicia de las justicias, no ha de seguir esta máxima de la ley universal: *Lo que no quieras para ti, no lo quieras para otro?* (Aplausos.) Yo en nombre del catolicismo pido la libertad de cultos para nuestra patria. ¡Lástima decirlo! mientras todas nuestras gerarquias sociales son libres, la iglesia, solo la iglesia es esclava, y ni puede menos de serlo, porque mientras exista en nuestra patria el exclusivismo religioso, el gobierno está en el deber de impedir que la tirania penetre en las conciencias. El culto católico ganaria mucho en la concurrencia con los otros cultos. Enseñad á un hereje nuestras catedrales, mostradle sus arcos sosteniendo las bóvedas sembradas de lámparas como el cielo de estrellas; la cúpula que se lanza al infinito y se pierde en los arreboles del aire; el santuario irradiando divina luz, las vírgenes trazadas por el pincel de nuestros artistas, subiéndolo al empero en alas de los ángeles, cuyo pecho agita el soplo del amor divino; los doctores, leyendo eternamente la verdad absoluta en sus libros de piedra, los héroes descansando en los sepulcros sobre cuya losa se cierne la bienaventuranza: hacédle oír las notas del órgano, que como rocío de vida anima estatuas y columnas; el canto del sacerdote

que parece eco perdido de las armonías que forman las esferas; y bien pronto flaquearán sus rodillas, se estremecerá su conciencia, cayendo de hinojos ante la realidad de un Dios que se revela bajo las tres eternas formas de la divinidad, que son la virtud, la ciencia y el arte. (*Estraordinarios aplausos.*) Condenarle á no ver tanta maravilla, es lo mismo que arrancar los ojos al ateo para que no mire al cielo. (*Reiterados aplausos.*)

Señores: con la libertad de cultos alcanzaremos que nuestra revolucion sea verdaderamente humanitaria. Para hacerla verdaderamente popular, es necesario que consagremos de una manera absoluta los derechos del pueblo. Señores, no es mi propósito desencadenar las pasiones, ni mi objeto oponerme á la triunfal carrera del gobierno; pero si me lo permitís, hablaré con la prudencia que cumple á la libertad de mi sentir, respecto á los gobiernos constitucionales. Hace ya largos años que un hombre encerrado en el secreto santuario de su propia conciencia, se propuso regenerar el mundo de la ciencia, abriéndole horizontes infinitos. Este hombre se llamaba Descartes. El demostró que la humanidad era al mismo tiempo sugeto y objeto de la ciencia, y que debemos reconocer por único criterio legítimo la razon, cuyo destino es herir á la autoridad como el rayo del cristianismo hirió los ídolos del Capitolio. Estas ideas descendieron bien pronto de la mente del filósofo á la conciencia del pueblo; porque la Providencia difunde con su divino soplo en los entendimientos los principios salvadores que han de regenerar á las naciones. Entonces entre el principio de autoridad basado en las leyes del tiempo, y el principio de libertad basado en las leyes de la razon, se entabló una contienda que pone espanto en el ánimo; pero no olvidéis que se desencadenan en la historia tempestades necesarias, que agitan horriblemente la atmósfera, sin romper por eso la cadena que une á la tierra con los mundos. Entonces el pueblo esclamó en su triunfo esta palabra, que no han podido borrar nunca los gobiernos: *Per me Reges regnant*. El principio de autoridad subió sin comprender su ruina del sòlio del poder al sòlio del cadalso (*sensacion*); mas despues por razones que no es del momento referir, se firmó un pacto entre la autoridad vencida y el pueblo vencedor, pacto que ha sellado generosa y noble sangre. Pero este pacto debe ser rasgado, sin que sea parte á salvarlo la espada de la fuerza, cuando lo aniquila la espada de la justicia. Y si no, poned frente á frente dos principios auténticos por naturaleza, y vereis como son contradictorios por consecuencia. El principio de autoridad solo luce el dia de la reaccion, como el principio de libertad solo luce el dia de las revoluciones. Cuando triunfa el primero, condena á su contrario al ostracismo, pone mordazas en sus labios, grillos en sus plantas, lo arrastra por el lodo, fabrica para él sus cárceles, y le asesina con la espada de la dictadura. Cuando triunfa el segundo, suele ser, como en la revolucion de Julio hemos visto, mas generoso con su enemigo; porque es mas fuerte. ¿Porqué, me direis, el principio reaccionario es tan tenebroso, y el principio liberal es tan sublime? Porque el primero es un principio muerto, que si respira, respira el mofético aire de las tumbas, y el segundo es un principio lleno de vida, puesto en el trono de la humanidad por la inflexible lógica de Dios, que se manifiesta centelleante en la historia.

Esto mismo explica como en ciertas épocas, instituciones sagradas, venerandas, caen en manos de ciertas personas que afrentan á los siglos y manchan á los pueblos. Los hombres no son mas que puras formas de las ideas. Cuando una idea generosa y levantada agita la conciencia de la humanidad y se presenta á recoger los trofeos de su victoria, tiene poder para sacar centellas de divina luz del fondo del porvenir, y Rosseau y Kant son sus profetas; Mirabeau y Vergniaud sus sacerdotes, Andrés Chenier y Biron sus cantores, Mad. Estael y de Rolland sus heroínas y Hoche y Napoleon son sus soldados; pero cuando una idea condenada por Dios se empeña en vivir entre los hombres, sus símbolos se llaman Carlos IV; Fernando VII, Maria Cristina, Fernando de Nápoles y Napoleon el Chico: (*Los aplausos interrumpen largo rato al orador, los concurrentes piden su nombre, y restablecida la calma el orador continúa.*)

Señores, la revolucion no puede ser popular si el sufragio no es ámplio; mejor diré, si no es completo. Dicen que el pueblo no conoce sus derechos. ¡Ay! ¡el jornalero que abandona su hogar, desoye el lloro de su mujer y de sus hijos, únicos lazos que le atan á la tierra, se lanza á la calle ofreciendo desnudo pecho al plomo asolador del despotismo, lucha con denuedo y muere con gloria, el pobre pueblo siempre esclavo se verá halagado el dia tremendo de las contiendas sangrientas, y vilmente proscrito el dia feliz de las contiendas legales? (*Prolongados y repetidos aplausos que impiden continuar al orador por un momento*) ¿Su voz no ha de resonar sino entre el estruendo de las fraticidas armas, y su majestuosa figura no ha de lucir sino al pálido resplandor de las hogueras? El pueblo da su vida por la libertad, pero no puede dar por la libertad su voto, ¡qué sofisma! Dicen que no es ilustrado, no lo creais. Si no temiera cansaros, desenvolvería una teoria á mi entender lógica y razonable; pero renuncio á ello por el temor de seros importuno. (*Muchas voces: que hable, que continúe.*) EL SR. CASTELAR. No tengo derecho á distraer por tanto tiempo la atencion del auditorio. (*Muchas voces, si, si, y el orador continúa.*) Señores, la humanidad es como el hombre. Tres facultades intelectuales distinguimos en el hombre, la sensibilidad que le relaciona con el mundo exterior; la inteligencia, esfera donde se forman las nociones; y la razon, último estremo de nuestras facultades, hermoso templo de las ideas. A estas tres facultades pertenecen tres períodos históricos. Cuando la sensibilidad predominó en los pueblos, el feudalismo los cautivó, amedrentándolos con su tajante espada y destumbrándolos con su colosal poder: pero cuando la inteligencia dominó á la sensibilidad, la tiranía perdió su fuerza, los magnates perdieron sus fueros, y el trono, institucion veneranda, institucion sagrada, concentró en sí todos los derechos; hasta que la razon soberana del mundo levantó el pueblo al absoluto ejercicio de la soberanía que por derecho le corresponde. (*Aplausos generales.*) Señores, el pueblo del siglo XIX no es ilustrado! Eso es mentira. Ese pueblo tiene por cetro el rayo, por mensajero el relámpago. Ese pueblo mandó un dia que la victoria le obedeciera, y la victoria le obedeció. (*Aplausos.*) Ese pueblo ha recibido la herencia de todos los siglos, y ha reconquistado con la fuerza de sus ideas la completa série de todos sus derechos; ese pueblo, en fin, ha visto á esos fantasmas vestidos de púrpura caer trémulos de espanto á sus piés pidiéndole un ósculo de paz. (*Ruidosos aplausos.*) Necesita educacion, ¡quién lo duda! He aquí, señores, el instante oportuno para hablar libremente de la libertad de enseñanza. Yo la admito como principio absoluto, yo la rechazo hoy como principio de aplicacion.

Señores, no dudareis que la Francia nos ha precedido en muchos períodos de civilizacion, aunque despues haya abandonado vergonzosamente su gloriosa obra. ¿Sabeis, pues, quién defendía en Francia la libertad de la enseñanza? La defendía Montalamber. ¿Sabeis quien atacaba en Francia la libertad de la enseñanza? La atacaba Víctor Hugo. El mismo programa que estamos discutiendo ha comprendido esta verdad al pedir que la enseñanza sea gratuita, porque si es gratuita no puede ser libre, y si es libre no puede ser gratuita, porque ¿con qué derecho forzariais al hombre que necesita del trabajo para vivir á que enseñase gratuitamente? Entonces el pobre pueblo, ese rey sin corona, caeria en las tinieblas de la ignorancia, y de consiguiente en las cadenas de la esclavitud. Hoy las nuevas inteligencias que se despiertan á la triste lucha de la vida, deben ser educadas por el Estado y para el Estado. De otra suerte, la enseñanza vendria á parar al clero, y el clero, de seguro, no le diria al pueblo que son soldados de su inmortal cruzada el divino Homero, creador de los dioses; Esquile, que desafiaba á los tiranos en el campo y en la escena; Sofocles, que cantó las miserias de los reyes; el justo Sócrates, el angelical Platon y el triste Lucrecio: no le recordaria, no, que la libertad cuenta en los

tiempos modernos entre sus cantores al Dante, entre sus apóstoles á Sto. Tomás, y entre sus mártires á Dios. (*Aplausos repetidos y prolongados.*)

Señores, toda libertad no puede existir sin que tenga por límite otra libertad. Así es que la libertad de enseñanza podrá realizarse cuando la libertad de cultos sea completa, cuando la libertad de imprenta sea absoluta, y aquí, señores, llamo vuestra atención. La imprenta, que entre nosotros es una organización, un poder, debe perder esa forma, porque los poderes nos abrumen; sus ideas deben ser consideradas como ideas individuales: así, señores, la imprenta no tendrá fuerza para derribar á los gobiernos. Esto sucede en todos los pueblos libres.

En Inglaterra la imprenta dice todo lo decible al gobierno, sin que la sociedad se conmueva; en los Estados-Unidos la imprenta sostiene todo lo sostenible contra el presidente, sin que el presidente caiga. Aquí, señores, mientras la imprenta tenga fuero propio, mientras que preste un depósito, será, fuerza es decirlo, será una aristocracia, y tened entendido que siendo de esta forma, la aristocracia del capital representa por lo mismo á la mas temible y á la menos gloriosa de todas las aristocracias. Señores, yo por ejemplo, puedo tener la cabeza llena de ideas levantadas, y el corazón rebosando en generosos sentimientos; pero como soy pobre, como no tengo dos mil duros para un depósito, me arrastraré en la impotencia, y moriré en el olvido. (*Estrepitosos aplausos.*)

Señores, solo el partido democrático puede llevar á su cima nuestra gloriosa revolución. Todos los principios que le han servido de bandera forman nuestros dogmas y nuestros principios. Yo le diría al partido progresista: ¿qué quieres? ¿Soberanía del pueblo? pues cédenos el puesto, porque nosotros queremos esa soberanía con todas sus lógicas consecuencias; porque nosotros damos al pueblo por corona el derecho y por cetro la ley. ¿Economías? Nadie, sino el partido democrático puede salvarnos de la bancarrota que os amenaza, de la bancarrota que os devora; porque el partido democrático con su abnegación realizará profundas economías sin lastimar por eso el crédito del país; sin oponerse á todos los derechos, que son sagrados. ¿Libertad? Nosotros la alzaremos en nuestros brazos sin límites que la nieguen, sin barreras que la detengan, sin instituciones que la limiten. He aquí porque la unión que proclamais es viciosa; y esta es la ocasión de hablar cuatro palabras sobre la encomiada unión que aquí se ha tratado de una manera lastimosa. (*Risas.*)

Las ideas no se unen, porque entre ideas opuestas no puede haber lógicamente armonía; los partidos no se unen, porque el partido que renuncia á sus ideas es apóstata. (*Aplausos.*) El partido liberal, por mas esfuerzos que haga está ya muerto. Ha puesto en práctica toda la série posible de sus ideas, y no ha podido después, señores, ni por breve espacio sostenerlas. Hoy dice que olvidemos lo pasado. Un partido viejo, un partido decrepito, renuncia á la historia que debiera ser hoy su único título á la consideración de las gentes. (*Prolongados aplausos.*) Señores, tres constituciones ha dado el partido liberal; la constitución del 12, que enaltecía el principio de libertad; la constitución del 43, que enaltecía el principio monárquico, y la constitución del 37, término medio entre estos dos puntos extremos.

Ahora bien: la constitución del 12, que corrió azares de vária fortuna, fué rasgada por los hombres que la habian apoyado con sus ideas y defendido con su sangre; la constitución del 37 ni fué respetada, ni fué temida, y no le valió el instinto de prudencia que habia presidido á su elaboración y nacimiento, para libertarla de los tremendos golpes que ocasionaron su muerte, y la constitución del 43, que la suprema inteligencia del partido moderado habia compuesto, fué arrastrada sin piedad por sus prohombres, y conducida al abismo de su perdición por sus autores, en medio del aplauso de todos aquellos que fiaban á días mejores la salvación de su patria. El partido liberal está, pues, muerto; ya no hay, ni puede haber en su corazón sentimientos; ya no hay, ni puede haber en su cerebro nuevas ideas. Si avanza, es nuestro el triunfo; si retrocede, el triunfo es del absolutismo: que elija! (*Repetidos y prolongados aplausos: el orador se ve precisado á suspender el discurso por algunos minutos, despues prosigue.*)

Señores, todos dicen que nuestra patria camina á la retaguardia de la civilización. No lo creais. España está destinada á ponerse á la cabeza del mundo. En su privilegiado suelo, bajo ese hermoso horizonte que sonríe como un ángel de paz, debe ensayar las grandes ideas que mas tarde han de realizarse en todos los pueblos de la tierra. ¿Quién puede poner en duda este privilegio cuando Portugal nos tiende sus brazos, cuando estamos en el deber de realizar, no la unión de los partidos, sino la unión de los pueblos? (*Estrepitosos aplausos.*)

Hoy somos los soldados de la libertad, y por consecuencia somos los soldados de Dios. Los individuos ensayan en sus conciencias ideas que aplican los pueblos; los pueblos ensayan en su conciencia ideas que aplican á la humanidad. El sol pues, el sol que fué en otro tiempo nuestro esclavo, ilumina hoy con sus rayos de oro la bandera de nuestra victoriosa revolución, que hace estremecer de gozo á los oprimidos. Somos la nación salvadora; si no, tended los ojos conmigo por la Europa. Inglaterra ha comecido con la libertad (*Aplausos*); la Francia levantando á los pueblos de su postración, los ha vendido en el amargo día que mas necesitaban de su espada; Alemania, ¡parece imposible! Alemania, que ha pretendido la confederación universal de todos los pueblos, que ha elevado en alas de la libertad del pensamiento á todas las inteligencias á las últimas esferas de la filosofía; Alemania, patria de Schiller y de Flegler, es hoy esclava de Juliano el apóstata. (*Aplausos.*)

La democracia es antigua, muy antigua en nuestro suelo. Nuestros pueblos de la edad media entendian el derecho de petición, mejor que lo entienden los liberales de nuestros días. (*Bien, muy bien.*)

¿Sabeis dónde está nuestro porvenir? Nuestro porvenir está en Africa. Allá deben ir nuestros ejércitos permanentes á ganar sus grados. (*Risas y aplausos.*)

No olvideis que fuimos un día pueblo civilizador. Nosotros llevamos la civilización á la América. Verdad es que América fué ingrata; pero los pueblos tienen que ser ingratos con los pueblos, para ser agradecidos con la humanidad. (*Muchos aplausos.*) Un día recorrió España á la sombra del trono el espacio que separa Covadonga de Granada, se lanzó á lo infinito, y nuevos mundos le tributaron homenajes; pobló los mares con innumerables escuadras que merecieron tener por enemigo la cólera de Dios, que no otro pudiera vencer á la invencible. (*Estrepitosos aplausos.*) Levantó el Escorial, simbolo de nuestras instituciones, padron de nuestras artes. ¿Pues porqué ahora con progresos mas grandes no hemos de alcanzar sucesos mas felices? (*Bien, bien.*)

Señores, voy á concluir; (*Muchas voces, no, no,*) estoy muy fatigado, y el auditorio lo estará tambien (*voces: no, no.*) Señores, algun día irán nuestros hijos á registrar en las páginas de la historia los colosales poderes que aun no han caído, y les causará el espanto y la admiración que á nosotros nos causan las pirámides de Egipto; y en su espanto no sabrán que admirar mas, si la inmensa grandeza de esos poderes, ó la afrentosa esclavitud de nosotros. (*Estrepitosos aplausos que interrumpen al orador.*)

Señores, pidamos que se realice la fraternidad entre todos los hombres, y la fraternidad entre todos los pueblos, porque todos nos encaminamos á una patria que es el cielo. Pidamos que se realice en todas sus aplicaciones la verdad cristiana; que la justicia sea el sol de nuestras esferas sociales, que las clases menesterosas reciban el pan de la inteligencia.

El trabajo, señores, que es á la propiedad lo que el cincel Fidas es al mármol (*muchos aplausos*), debe recibir de la justicia la debida recompensa. (*Reiterados aplausos.*)

En fin, señores; pidamos á Dios que pelea por los buenos, pidamos á Dios que Inglaterra sea verdaderamente aliada de la libertad; que Alemania, mente del mundo, nos revele nuevos misterios de la ciencia, nuevos secretos del arte; que Francia sacuda su letargo y vuelva á ser el tribuno de los pueblos; que Hungría y Polonia rasguen sus túnicas de esclavas, y que la Italia, esa prodigiosa artista, que regala con dulces armonías el sueño de sus señores, se levante herida de sus recuerdos, y recoja del suelo la rota lanza de Bruto y Cincinato; porque con ideas tan grandes y con tan denodados guerreros, el triunfo de la libertad será, sí, eterno. He dicho.

(*Aplausos generales y prolongados; los concurrentes acuden de todas partes á saludar y abrazar al joven y brillante orador.*)

He aquí ahora la carta que el joven don Emilio Castelar ha dirigido á varios periódicos de Madrid.

«Señores redactores de la *Europa*, el *Miliciano*, la *Epoca*, el *Tribuno*, el *Esparterista*, las *Cortes* y la *España*.

Muy señores míos: Las pruebas innumerables de aprecio que recibo de la prensa periódica, me fuerzan á mostrar mi gratitud, que no puedo de manera alguna encarecer. Llamar por un instante la atención de la prensa es un premio que apenas acierto á creer; pero llamarla de manera para mí tan grata, es felicidad que jamás soñó en sus ilusiones mi deseo. Yo espero que desimpresionado el ánimo de los que me oyeron, ya por el tiempo, ya por la publicación de mi discurso, volveré á perderme en el olvido. De todos modos, estimo de mi deber manifestar en pró de la santa causa de la libertad, que jamás se vió abnegación tan admirable, cuya grandeza sube de punto cuando se considera que recae en un joven oscuro y desvalido. Los hombres de altos merecimientos y las nuevas inteligencias llenas de sublimes aspiraciones, que han servido á la revolución con sus ideas ó con su sangre, no dudan un momento en ceder un puesto al joven, que no encuentra en su conciencia ni en su conducta mérito alguno que le haga acreedor á tan grandes distinciones. Señores redactores: yo creo que vuestros aplausos son un tributo de justicia, pagado á la idea regeneradora que se adelanta majestuosa á recoger los trofeos de su victoria. He consagrado á la libertad mi vida, y nunca retrocederé en este mi propósito.

No serán bastante á hacerme ceder: ni la envidia, porque me estimo en tan poco, que nunca creo pueda yo inspirarla, ni la malicia, que no entiendo; ni el odio, porque cristiano de corazón y educado en la desgracia, he aprendido á amar á mis enemigos. Creo que la juventud debe, para alentar á las naciones, traer en su razón una idea mas progresiva que las ideas adoradas por los hombres de la generación que al presente se agita, y que á su vez lucharon ardorosos con lo pasado, porque de otra suerte no puedo entender á que nos ha Dios despertado del sueño de la nada. Recibí de Dios como todos mi pobre inteligencia, y la recibí aunque pobre, para la humanidad. Pienso conservarla sin mancha, para que no se aparte de su origen; y consagrarla á la democracia, para que no falte á su objeto. Hé aquí esplicada con lealtad, con franqueza mi conducta. Señores redactores: conservaré siempre vuestros nombres en mi memoria. Debo agradecer vuestros elogios, por lo mismo que no creo merecerlos. A los periódicos de mis ideas les ofrezco mi inteligencia, á todos mi corazón. Es en verdad bien corto tal presente, pero es infinita mi voluntad, é inmensa mi gratitud.

Adios, señores redactores; recibid el afecto de este vuestro S. S. Q. V. M. B.»

Emilio Castelar.